EL INGENIERO DEL AMOR



(*Por Guillermo Saccomanno*) El Bebe, el portero nocturno del hotel La Tonina Blanca, sostiene que cada habitación se corresponde con un hexagrama del I Ching. Y como hace bastante que se pasó de la ginebra al *earl grey*, sus conjeturas no suenan tanto a monólogo de alcohólico como resultado de algún conocimiento hermético. Hay embriaguez en la sobriedad y viceversa, ha dicho el Bebe. Peces atrapados y peces perdidos, también ha dicho, volviendo una vez más a Melville. En los códigos de pesca, el pez capturado pertenece al arpón clavado en él. El pez perdido, a quien antes lo atrape. Y después, prendiendo un negro, siguiendo a Melville, el Bebe ha dicho: ¿No es la posesión y la propiedad de las cosas la única ley, eh? ¿Te responde algo esa pregunta?

Con las manos en los bolsillos contempla el palomar con llaves detrás del mostrador de la conserjería:

—Habitación 36. El 36 es el oscurecimiento de la luz en el libro —dijo el Bebe, arrancando con la historia—. El pasajero es un cincuentón con facha, músculos trabajados, bronceado sospechoso de lámpara y pelo rubio teñido. A pesar del maquillaje y la utilería, el tipo conserva su estampa. *Vos les ponés número a las vidas, Bebe* —me dijo una noche—. *Y yo les pongo número a las minas.* Después se corrigió: *Bah, eso era antes. Porque los campeones deben saber retirarse. Y yo estoy retirado.* Cayó hace una semana a la Villa el personaje. José Horacio del Ponte, estado civil: casado, profesión: ingeniero. *Y hay que ser ingeniero para construir una familia en estos tiempos* —me dijo. Su familia, me contó, está en Punta del Este. Con el alquiler de un chalecito que tienen aquí en la Villa, en el bosque, se pagan parte del veraneo en Uruguay. *Dos varones y una chancleta* —me informó—. *Y la chancleta, Carolina, quiere ser modelo. Piensa que allá en Punta la van a descubrir. Y yo me callo. Porque para mí, no hay como la Villa. Aquí la juventud es distinta, es más sana. Y lo compruebo todos los veranos, cuando vengo a entregar el chalecito. Entonces aprovecho y me tomo unos días para mí solo.* Durante estos días —cuenta el Bebe sirviéndose un vaso de té frío— el hombre para poco en el hotel. En las madrugadas vuelve fatigado, ojeroso, con una sonrisa cómplice. Y a las dos horas, para el desayuno, ahí lo tenés de nuevo, con su calzado deportivo, listo para correrse toda la playa. Pasa del almuerzo. Y a veces también de la cena. Las mucamas le encontraron una provisión de botellas de vodka y restos de polvo blanco en la mesa de luz. *Padezco un desarreglo de los sentidos*, me confesó una de estas madrugadas. Y yo le recomendé, con el debido respeto, que debería dormir una siesta. *No con vos, Bebe*, me contestó guiñando un ojo. Canchero, de respuesta rápida. El ingeniero se lleva el mundo por delante. Esta es la impresión que transmite.

El Bebe enronquece, tose y traga saliva. Después mira el casillero de la 36 con lástima.

—Anoche, sin embargo, el ingeniero volvió hecho una piltrafa —sigue el Bebe—. Tenía la ropa mojada, con arena. Moretones y rasguños en la cara. Pero no le importaba. *El verdadero dolor lo tengo adentro*, me dijo. Me pidió un café. Le dije que la máquina estaba apagada. Si gustaba, lo convidaba con un vaso de té. Y aceptó. Estaba en ese estado de ánimo en que se precisa soltar el rollo. Y se desahogó. En un boliche se había encontrado con el novio de su nena. Tanto él como el pibe estaban en pareja. Cada uno con alguien de su mismo sexo. Así se dieron la cana. Discreto, el pibe dejó a su amigo. El ingeniero hizo lo mismo. Y siguió al pibe hacia la playa, la noche y las estrellas. Lo quiso fajar al pibe. Rodaron por la arena, chapotearon golpeándose. Después rodaron abrazados. Y ahí pasó todo. Después, tranquilo, el pibe le dijo: *A lo mejor no soy así toda la vida* —le dijo—. *Yo con Carolina me caso igual* —le dijo—. *Y si te oponés, cuento* —le dijo—. El ingeniero estaba quebrado. *No puedo impedirlo* —me dijo—. *Pero lo peor no es eso, Bebe. Lo peor es que estoy perdidamente enamorado de ese chico.*

Por la mañana visité el zoológico y ahora entro en una taberna con mi amigo y compañero habitual de copas. El cartel de color azul cielo lleva una pequeña inscripción, *Löwenbräu,* acompañada por la efigie de un león que guiña un ojo y esgrime un jarro de cerveza. Nos sentamos y comienzo a hablarle a mi amigo de cañerías de servicios públicos, tranvías y otros temas importantes.

1. CAÑERIAS

Delante de la casa donde vivo hay una cañería negra gigantesca a lo largo del cordón de la acera. A medio metro, en la misma fila, hay otra, y una tercera y una cuarta, las entrañas de hierro de la calle aún sin usar, sin estar enterradas todavía en la tierra, bien hondo debajo del asfalto. Durante los primeros días consecutivos a su descarga, acompañada por ruidos ahuecados, de los camiones, los chicos corrían de un extremo a otro sobre ellas o bien se arrastraban sobre pies y manos a través de esos túneles redondos, pero pasada una semana nadie jugaba ya allí y en cambio caía sobre ellas una nieve espesa. Y ahora, cuando probando con cautela la corteza traidora de escarcha que cubre la vereda con un grueso bastón con punta de goma, salgo a la luz opaca y gris del comienzo de la mañana, hay una franja uniforme de nieve recién caída a lo largo de cada una de las cañerías negras, mientras en la curva interior de la boca misma, la más próxima a la curva de las vías, el reflejo de un tranvía aún iluminado pasa en abanico como un ardiente rayo anaranjado. Hoy alguien escribió "Otto" con el dedo sobre la franja de nieve virgen y se me ocurrió con qué perfección ese nombre, con sus dos suaves "oes" flanqueando el par de esbeltas consonantes armonizaba con la capa silenciosa de nieve sobre la cañería, con sus dos orificios y su tácito túnel.

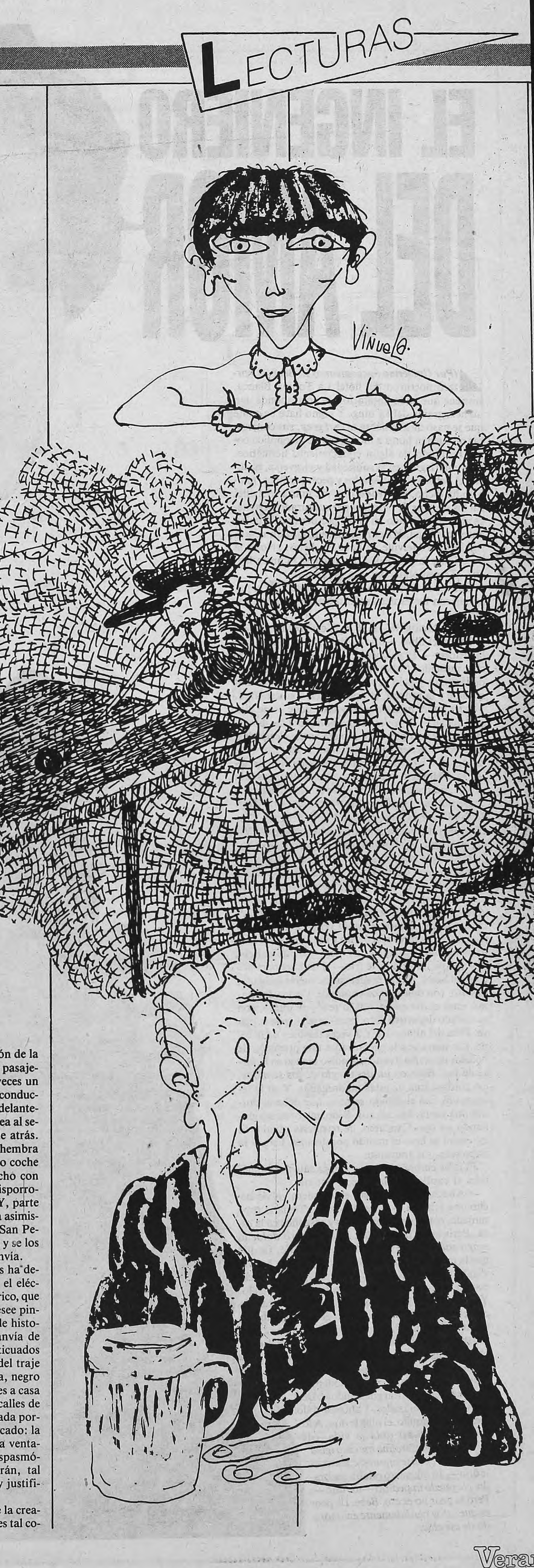
2. TRANVIAS

El tranvía desaparecerá dentro de unos veinte años, tal como desapareció el tranvía arrastrado por caballos. Siento ya que tiene un aire anticuado, una suerte de encanto de ayer. Todo en él es un poco torpe y desvencijado, y si toma la curva con demasiada rapidez, el tróley salta del cable y el conductor, o uno de los pasajeros, se asoma por la popa del tranvía, mira hacia arriba y agita la cuerda hasta que el tróley vuelve a su lugar, siempre imagino que el cochero de ayer quizá haya dejado caer su látigo, para después tirar de las riendas de su tronco de cuatro caballos, enviar a buscar el látigo al chico vestido con librea de largos faldones que lo acompaña en el pescante y soplar su cuerno con penetrante energía, mientras la diligencia pasaba sacudiéndose por una aldea repiqueteando en el empedrado.

El guarda que entrega los boletos tiene manos fuera de lo común. Se mueven con tanta agilidad como las de un pianista, pero en lugar de ser fláccidas, húmedas de sudor y con uñas blandas, las del guarda son tan ásperas que cuando dejamos caer monedas en la palma y por casualidad la tocamos, esa palma que parece haber adquirido una costra dura y quitinosa, sentimos una especie de malestar moral. Son manos extraordinariamente ágiles y eficientes, a pesar de su aspereza y del grosor de los dedos. Observo al guarda con curiosidad cuando aprieta el boleto con una uña ancha y negra y lo perfora en dos lugares, hurga dentro de su cartera de cuero, recoge monedas para entregar cambio, cierra enseguida la cartera con un golpe seco y tira de la cuerda, o bien abre la ventanita especial por la cual entrega boletos a quienes viajan en la plataforma delantera. Y todo el tiempo el tranvía se mece, los pasajeros de pie en el pasillo se toman de las correas sobre su cabeza y se balancean hacia adelante y hacia atrás... pero el guarda no deja caer una sola moneda o un solo boleto cortado de su rollo. Estos días de otoño, la mitad inferior de la puerta delantera tiene una cortina de tela verde. Las ventanillas están borrosas de escarcha, los árboles de Navidad en venta cubren el cordón de la acera en cada parada, los pies de los pasajeros están entumecidos de frío, y a veces un mitón de paño gris viste la mano del conductor. Al final del recorrido, el vagón delantero se separa, entra en un desvío, rodea al segundo coche y se le aproxima desde atrás. Hay algo con reminiscencias de la hembra pasiva en la forma en que el segundo coche espera hasta que el primero, el macho con su tróley, con una pequeña llama chisporroteante, se aproxima y se le acopla. Y, parte de la metáfora biológica me recuerda asimismo cómo, hace dieciocho años, en San Petersburgo, se desataban los caballos y se los conducía alrededor del panzón tranvía.

El tranvía arrastrado por caballos ha desaparecido y también desaparecerá el eléctrico, y algún escritor berlinés, excéntrico, que por los años veinte del siglo XXI desee pintar nuestra época, irá a un museo de historia tecnológica y descubrirá un tranvía de cien años, amarillo, insólito, con anticuados asientos curvados, y en un museo del traje desenterrará un uniforme de guarda, negro y con botones brillantes. Irá entonces a casa y compilará una descripción de las calles de Berlín en tiempos pasados. Todo, cada pormenor, será valioso y tendrá significado: la cartera del guarda, el aviso sobre la ventana, ese característico movimiento espasmódico que nuestros nietos imaginarán, tal vez... todo aparecerá ennoblecido y justificado en razón de su edad.

Creo que aquí reside el sentido de la creación literaria; pintar objetos comunes tal co-



GUIA DE BERLIN

Por Vladimir Nabokov

> "A pesar de su aire sencillo esta 'Guía' es una de mis obras más complejas —escribió el autor—. Su traducción del ruso nos dio a mí y a mi hijo una enorme cantidad de saludable trabajo. Se agregaron dos o tres oraciones aquí y allá, con fines de asegurar mejor claridad en la presentación de los hechos."

Por la mañana visité el zoológico y ahora entro en una taberna con mi amigo y compañero habitual de copas. El cartel de color azul cielo lleva una pequeña inscripción, *Löwenbräu,* acompañada por la efigie de un león que guiña un ojo y esgrime un jarro de cerveza. Nos sentamos y comienzo a hablarle a mi amigo de cañerías de servicios públicos, tranvías y otros temas importantes.

1. CAÑERIAS

Delante de la casa donde vivo hay una cañería negra gigantesca a lo largo del cordón de la acera. A medio metro, en la misma fila, hay otra, y una tercera y una cuarta, las entrañas de hierro de la calle aún sin usar, sin estar enterradas todavía en la tierra, bien hondo debajo del asfalto. Durante los primeros días consecutivos a su descarga, acompañada por ruidos ahuecados, de los camiones, los chicos corrían de un extremo a otro sobre ellas o bien se arrastraban sobre pies y manos a través de esos túneles redondos, pero pasada una semana nadie jugaba ya allí y en cambio caía sobre ellas una nieve espesa. Y ahora, cuando probando con cautela la corteza traidora de escarcha que cubre la vereda con un grueso bastón con punta de goma, salgo a la luz opaca y gris del comienzo de la mañana, hay una franja uniforme de nieve recién caída a lo largo de cada una de las cañerías negras, mientras en la curva interior de la boca misma, la más próxima a la curva de las vías, el reflejo de un tranvía aún iluminado pasa en abanico como un ardiente rayo anaranjado. Hoy alguien escribió "Otto" con el dedo sobre la franja de nieve virgen y se me ocurrió con qué perfección ese nombre, con sus dos suaves "oes" flanqueando el par de esbeltas consonantes armonizaba con la capa silenciosa de nieve sobre la cañería, con sus dos orificios y su tácito túnel.

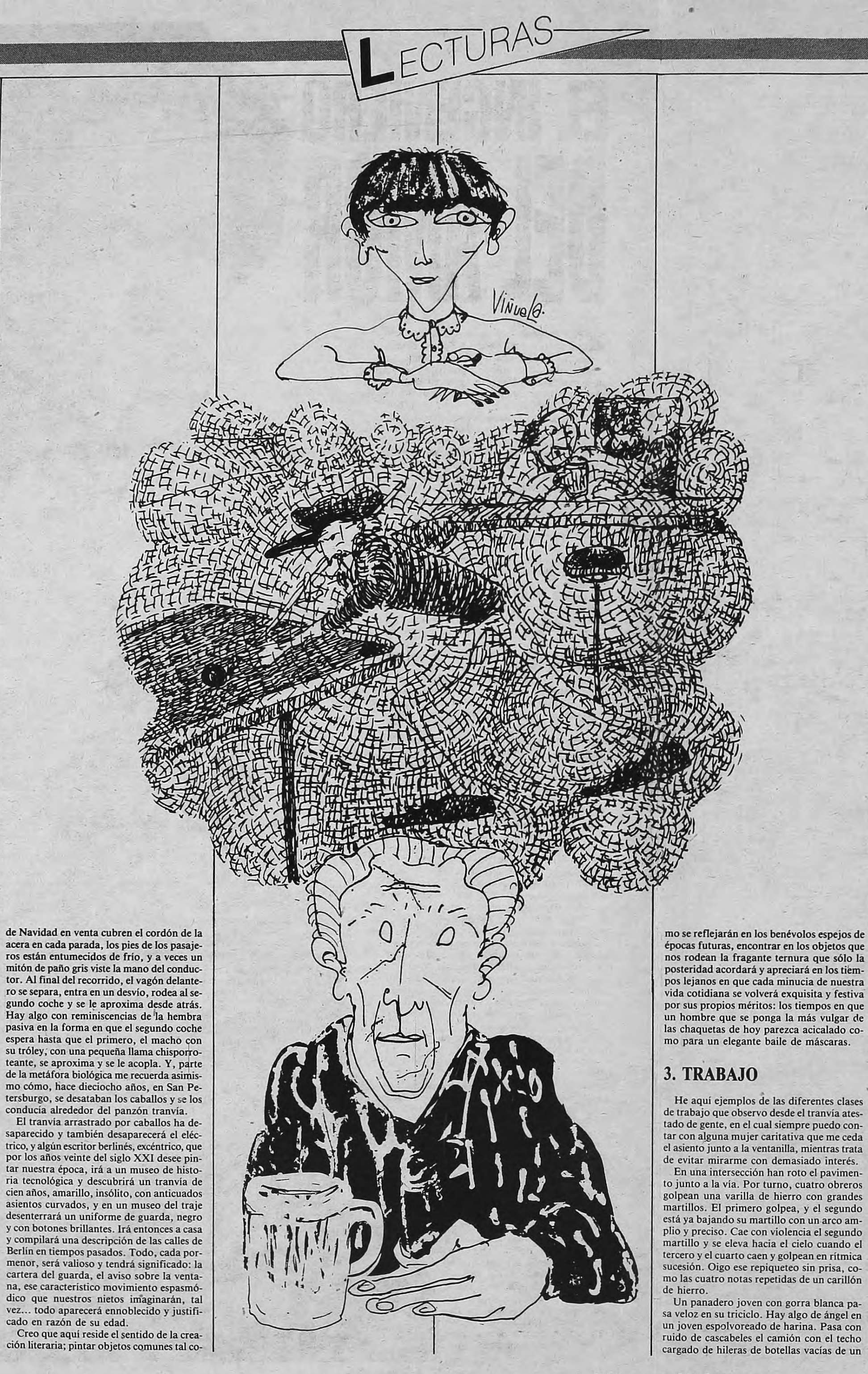
2. TRANVIAS

El tranvía desaparecerá dentro de unos veinte años, tal como desapareció el tranvía arrastrado por caballos. Siento ya que tiene un aire anticuado, una suerte de encanto de ayer. Todo en él es un poco torpe y desvencijado, y si toma la curva con demasiada rapidez, el tróley salta del cable y el conductor, o uno de los pasajeros, se asoma por la popa del tranvía, mira hacia arriba y agita la cuerda hasta que el tróley vuelve a su lugar, siempre imagino que el cochero de ayer quizá haya dejado caer su látigo, para después tirar de las riendas de su tronco de cuatro caballos, enviar a buscar el látigo al chico vestido con librea de largos faldones que lo acompaña en el pescante y soplar su cuerno con penetrante energía, mientras la diligencia pasaba sacudiéndose por una aldea repiqueteando en el empedrado.

El guarda que entrega los boletos tiene manos fuera de lo común. Se mueven con tanta agilidad como las de un pianista, pero en lugar de ser fláccidas, húmedas de sudor y con uñas blandas, las del guarda son tan ásperas que cuando dejamos caer monedas en la palma y por casualidad la tocamos, esa palma que parece haber adquirido una costra dura y quitinosa, sentimos una especie de malestar moral. Son manos extraordinariamente ágiles y eficientes, a pesar de su aspereza y del grosor de los dedos. Observo al guarda con curiosidad cuando aprieta el boleto con una uña ancha y negra y lo perfora en dos lugares, hurga dentro de su cartera de cuero, recoge monedas para entregar cambio, cierra enseguida la cartera con un golpe seco y tira de la cuerda, o bien abre la ventanita especial por la cual entrega boletos a quienes viajan en la plataforma delantera. Y todo el tiempo el tranvía se mece, los pasajeros de pie en el pasillo se toman de las correas sobre su cabeza y se balancean hacia adelante y hacia atrás... pero el guarda no deja caer una sola moneda o un solo boleto cortado de su rollo. Estos días de otoño, la mitad inferior de la puerta delantera tiene una cortina de tela verde. Las ventanillas están borrosas de escarcha, los árboles de Navidad en venta cubren el cordón de la acera en cada parada, los pies de los pasajeros están entumecidos de frío, y a veces un mitón de paño gris viste la mano del conductor. Al final del recorrido, el vagón delantero se separa, entra en un desvío, rodea al segundo coche y se le aproxima desde atrás. Hay algo con reminiscencias de la hembra pasiva en la forma en que el segundo coche espera hasta que el primero, el macho con su tróley, con una pequeña llama chisporroteante, se aproxima y se le acopla. Y, parte de la metáfora biológica me recuerda asimismo cómo, hace dieciocho años, en San Petersburgo, se desataban los caballos y se los conducía alrededor del panzón tranvía.

El tranvía arrastrado por caballos ha desaparecido y también desaparecerá el eléctrico, y algún escritor berlinés, excéntrico, que por los años veinte del siglo XXI desee pintar nuestra época, irá a un museo de historia tecnológica y descubrirá un tranvía de cien años, amarillo, insólito, con anticuados asientos curvados, y en un museo del traje desenterrará un uniforme de guarda, negro y con botones brillantes. Irá entonces a casa y compilará una descripción de las calles de Berlín en tiempos pasados. Todo, cada pormenor, será valioso y tendrá significado: la cartera del guarda, el aviso sobre la ventana, ese característico movimiento espasmódico que nuestros nietos imaginarán, tal vez... todo aparecerá ennoblecido y justificado en razón de su edad.

Creo que aquí reside el sentido de la creación literaria; pintar objetos comunes tal como se reflejarán en los benévolos espejos de épocas futuras, encontrar en los objetos que nos rodean la fragante ternura que sólo la posteridad acordará y apreciará en los tiempos lejanos en que cada minucia de nuestra vida cotidiana se volverá exquisita y festiva por sus propios méritos: los tiempos en que un hombre que se ponga la más vulgar de las chaquetas de hoy parezca acicalado como para un elegante baile de máscaras.



3. TRABAJO

He aquí ejemplos de las diferentes clases de trabajo que observo desde el tranvía atestado de gente, en el cual siempre puedo contar con alguna mujer caritativa que me ceda el asiento junto a la ventanilla, mientras trata de evitar mirarme con demasiado interés.

En una intersección han roto el pavimento junto a la vía. Por turno, cuatro obreros golpean una varilla de hierro con grandes martillos. El primero golpea, y el segundo está ya bajando su martillo con un arco amplio y preciso. Cae con violencia el segundo martillo y se eleva hacia el cielo cuando el tercero y el cuarto caen y golpean en rítmica sucesión. Oigo ese repiqueteo sin prisa, como las cuatro notas repetidas de un carillón de hierro.

Un panadero joven con gorra blanca pasa veloz en su triciclo. Hay algo de ángel en un joven espolvoreado de harina. Pasa con ruido de cascabeles el camión con el techo cargado de hileras de botellas vacías de un esmeralda reluciente, recolectadas en las tabernas. Un largo alerce negro, misteriosamente, viaja en carro. El árbol está tendido y su punta tiembla apenas, mientras las raíces cubiertas de tierra y envueltas en gruesa arpillera forman una enorme esfera, semejante a una bomba de color amarillento, en su base. Un cartero que ha colocado la boca de su saca de correspondencia debajo de un buzón de color cobalto, lo asegura en la base; el buzón se vacía secretamente, invisiblemente, con un apresurado rumor de papeles, y el cartero cierra las fauces cuadradas de la saca, ahora llena y pesada. Sin embargo, lo más hermoso quizá sean las reses de color amarillo cromo, con manchones rosados y con arabescos, apiladas sobre un camión, y el hombre con delantal y capucha de cuero con un largo volado que le protege el cuello y que carga cada res sobre los hombros para llevarla luego, encorvado, a través de la acera y dentro de la carnicería roja.

4. EDEN

Toda ciudad grande tiene un propio Edén, creado por el hombre.

Si las iglesias nos hablan del Evangelio, los zoológicos nos recuerdan el comienzo solemne y tierno del Viejo Testamento. Lo único triste es que este Edén artificial está todo detrás de rejas, aunque es también verdad que si no existiesen los cercos, el primer perro lobo no tardaría en destrozarme. A pesar de ello es el Edén, dentro de las posibilidades del hombre de reproducirlo, y con razón el gran hotel frente al Zoológico de Berlín lleva el nombre de dicho jardín.

En invierno, cuando los animales de los trópicos están escondidos, recomiendo una visita a los anfibios, los insectos y los peces. Las hileras de ejemplares iluminados en el recinto escasamente alumbrado se asemejan a los ojos de buey, a través de los cuales el capitán Nemo miraba desde su submarino los seres marinos que se ondulaban entre las ruinas de Atlántida. Detrás del vidrio, en nichos brillantes, los peces transparentes se deslizan con sus veloces aletas, las flores marinas respiran y sobre un banco de arena reposa una estrella carmesí viva, de cinco puntas.

Es aquí, pues, donde tuvo su origen el conocido emblema en el fondo mismo del océano, en el lodo de la Atlántida sumergida, que hace largo tiempo vivió diversas conmociones, mientras perdía el tiempo divagando sobre utopías tópicas y otras sandeces que hoy nos limitan.

Ah, no dejemos de contemplar las tortugas gigantes cuando las alimentan. Estas cúpulas pesadas y antiquísimas fueron traídas de las islas Galápagos. Con una especie de decrépita circunspección, la cabeza chata y arrugada y las dos patas totalmente inútiles, aparecen con gran lentitud por debajo de la cúpula de cien kilos. Y con lengua espesa y esponjosa, que hace pensar, de algún modo, en la de un idiota catológico que vomita flojamente su monstruoso discurso, la tortuga hunde la cabeza en una pila de legumbres mojadas y come las hojas con desaliño.

Mas esa cúpula sobre ella... ah, esa cúpula, eterna, pulida, color bronce opaco... esa espléndida carga de tiempo...

5. TABERNA

—Es muy mala esa guía —me dice mi compañero habitual de copas con aire melancólico—. ¿A quién le importa que hayas tomado el tranvía e ido al Acuario de Berlín?

La taberna en la cual estamos sentados él y yo se divide en dos partes, una amplia, la otra más reducida. Una mesa de billar ocupa el centro de la primera, hay unas pocas mesas en los rincones, el bar mira hacia la entrada y las botellas ocupan estantes detrás del bar. En la pared, entre las ventanas, las revistas y diarios fijados a varillas cuelgan como estandartes de papel. En el extremo más alejado hay un ancho pasillo, a través del cual se ve un cuarto muy estrecho, con un sofá verde bajo un espejo, desde el que una mesa ovalada cubierta por un hule a cuadros se desmorona hasta adquirir posición firme delante del sofá. Ese cuarto forma parte del pequeño departamento del dueño de la taberna. Allí su mujer, con su belleza ajada y sus grandes senos, da la sopa a un niño rubio.

—No tiene ningún interés —afirma mi amigo con un bostezo triste—. ¿Qué importan los tranvias y las tortugas? Y sea como fuere, todo el asunto resulta sencillamente aburrido. Una ciudad extranjera, aburrida, cara, y donde cuesta mucho dinero vivir, además...

Desde nuestra ubicación cerca del bar se distingue muy bien el sofá, el espejo y la mesa en el fondo, después del pasillo. La mujer está levantando la mesa. Apoyado en los codos, el niño mira con atención una revista ilustrada en su inútil soporte.

—¿Qué ves allí? —pregunta mi compañero; se vuelve despacio, con un suspiro, y la silla cruje pesadamente.

Allí, debajo del espejo, el niño sigue sentado, solo. Pero ahora nos mira. Desde allí puede ver el interior de la taberna; la isla verde de la mesa de billar, la bola de marfil que le han prohibido tocar, el lustre metálico del bar, un par de gordos camioneros sentados a una mesa y nosotros dos, sentados a otra. Hace mucho que está acostumbrado a esta escena y no le molesta su proximidad. Sin embargo, hay algo que yo sé. Podrán sucederle muchas cosas en la vida, pero siempre recordará la imagen que veía a diario durante su infancia desde el cuartito donde le daban la sopa. Recordará la mesa de billar y el visitante sin chaqueta que todas las noches solía mover hacia atrás su codo blanco y golpear la bola con su taco, y el humo gris azulado, y el ruido de voces, y mi manga derecha vacía y mi rostro con cicatrices y su padre detrás del bar, llenándome una jarra con cerveza de barril.

—No alcanzo a comprender qué ves aquí —dice mi amigo, volviendo a mirarme.

¡Qué veo! ¿Cómo demostrarle a mi amigo que acabo de tener una visión fugaz de los recuerdos futuros de otro?

De Detalles de un crepúsculo. *Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.*

Martes 26 de enero de 1993

GUIA DE BERLIN

Por Vladimir Nabokov

"A pesar de su aire sencillo esta 'Guía' es una de mis obras más complejas —escribió el autor—. Su traducción del ruso nos dio a mí y a mi hijo una enorme cantidad de saludable trabajo. Se agregaron dos o tres oraciones aquí y allá, con fines de asegurar mejor claridad en la presentación de los hechos."

mo se reflejarán en los benévolos espejos de épocas futuras, encontrar en los objetos que nos rodean la fragante ternura que sólo la posteridad acordará y apreciará en los tiempos lejanos en que cada minucia de nuestra vida cotidiana se volverá exquisita y festiva por sus propios méritos: los tiempos en que un hombre que se ponga la más vulgar de las chaquetas de hoy parezca acicalado como para un elegante baile de máscaras.

3. TRABAJO

He aquí ejemplos de las diferentes clases de trabajo que observo desde el tranvía atestado de gente, en el cual siempre puedo contar con alguna mujer caritativa que me ceda el asiento junto a la ventanilla, mientras trata de evitar mirarme con demasiado interés.

En una intersección han roto el pavimento junto a la vía. Por turno, cuatro obreros golpean una varilla de hierro con grandes martillos. El primero golpea, y el segundo está ya bajando su martillo con un arco amplio y preciso. Cae con violencia el segundo martillo y se eleva hacia el cielo cuando el tercero y el cuarto caen y golpean en rítmica sucesión. Oigo ese repiqueteo sin prisa, como las cuatro notas repetidas de un carillón de hierro.

Un panadero joven con gorra blanca pasa veloz en su triciclo. Hay algo de ángel en un joven espolvoreado de harina. Pasa con ruido de cascabeles el camión con el techo cargado de hileras de botellas vacías de un esmeralda reluciente, recolectadas en las tabernas. Un largo alerce negro, misteriosamente, viaja en carro. El árbol está tendido y su punta tiembla apenas, mientras las raíces cubiertas de tierra y envueltas en gruesa arpillera forman una enorme esfera, semejante a una bomba de color amarillento, en su base. Un cartero que ha colocado la boca de su saca de correspondencia debajo de un buzón de color cobalto, lo asegura en la base; el buzón se vacía secretamente, invisiblemente, con un apresurado rumor de papeles, y el cartero cierra las fauces cuadradas de la saca, ahora llena y pesada. Sin embargo, lo más hermoso quizá sean las reses de color amarillo cromo, con manchones rosados y con arabescos, apiladas sobre un camión, y el hombre con delantal y capucha de cuero con un largo volado que le protege el cuello y que carga cada res sobre los hombros para llevarla luego, encorvado, a través de la acera y dentro de la carnicería roja.

4. EDEN

Toda ciudad grande tiene un propio Edén, creado por el hombre.

Si las iglesias nos hablan del Evangelio, los zoológicos nos recuerdan el comienzo solemne y tierno del Viejo Testamento. Lo único triste es que este Edén artificial está todo detrás de rejas, aunque es también verdad que si no existiesen los cercos, el primer perro lobo no tardaría en destrozarme. A pesar de ello es el Edén, dentro de las posibilidades del hombre de reproducirlo, y con razón el gran hotel frente al Zoológico de Berlín lleva el nombre de dicho jardín.

En invierno, cuando los animales de los trópicos están escondidos, recomiendo una visita a los anfibios, los insectos y los peces. Las hileras de ejemplares iluminados en el recinto escasamente alumbrado se asemejan a los ojos de buey, a través de los cuales el capitán Nemo miraba desde su submarino los seres marinos que se ondulaban entre las ruinas de Atlántida. Detrás del vidrio, en nichos brillantes, los peces transparentes se deslizan con sus veloces aletas, las flores marinas respiran y sobre un banco de arena reposa una estrella carmesí viva, de cinco puntas.

Es aquí, pues, donde tuvo su origen el conocido emblema en el fondo mismo del océano, en el lodo de la Atlántida sumergida, que hace largo tiempo vivió diversas conmociones, mientras perdía el tiempo divagando sobre utopías tópicas y otras sandeces que hoy nos limitan.

Ah, no dejemos de contemplar las tortugas gigantes cuando las alimentan. Estas cúpulas pesadas y antiquísimas fueron traídas de las islas Galápagos. Con una especie de decrépita circunspección, la cabeza chata y arrugada y las dos patas totalmente inútiles, aparecen con gran lentitud por debajo de la cúpula de cien kilos. Y con lengua espesa y esponjosa, que hace pensar, de algún modo, en la de un idiota catológico que vomita flojamente su monstruoso discurso, la tortuga hunde la cabeza en una pila de legumbres mojadas y come las hojas con desaliño.

Mas esa cúpula sobre ella... ah, esa cúpula, eterna, pulida, color bronce opaco... esa espléndida carga de tiempo...

5. TABERNA

—Es muy mala esa guía —me dice mi compañero habitual de copas con aire melancólico—. ¿A quién le importa que hayas tomado el tranvía e ido al Acuario de Berlín?

La taberna en la cual estamos sentados él y yo se divide en dos partes, una amplia, la otra más reducida. Una mesa de billar ocupa el centro de la primera, hay unas pocas mesas en los rincones, el bar mira hacia la entrada y las botellas ocupan estantes detrás del bar. En la pared, entre las ventanas, las revistas y diarios fijados a varillas cuelgan como estandartes de papel. En el extremo más alejado hay un ancho pasillo, a través del cual se ve un cuarto muy estrecho, con un sofá verde bajo un espejo, desde el que una mesa ovalada cubierta por un hule a cuadros se desmorona hasta adquirir posición firme delante del sofá. Ese cuarto forma parte del pequeño departamento del dueño de la taberna. Allí su mujer, con su belleza ajada y sus grandes senos, da la sopa a un niño rubio.

—No tiene ningún interés —afirma mi amigo con un bostezo triste—. ¿Qué importan los tranvías y las tortugas? Y sea como fuere, todo el asunto resulta sencillamente aburrido. Una ciudad extranjera, aburrida, cara, y donde cuesta mucho dinero vivir, además...

Desde nuestra ubicación cerca del bar se distingue muy bien el sofá, el espejo y la mesa en el fondo, después del pasillo. La mujer está levantando la mesa. Apoyado en los codos, el niño mira con atención una revista ilustrada en su inútil soporte.

—¿Qué ves allí? —pregunta mi compañero; se vuelve despacio, con un suspiro, y la silla cruje pesadamente.

Allí, debajo del espejo, el niño sigue sentado, solo. Pero ahora nos mira. Desde allí puede ver el interior de la taberna; la isla verde de la mesa de billar, la bola de marfil que le han prohibido tocar, el lustre metálico del bar, un par de gordos camioneros sentados a una mesa y nosotros dos, sentados a otra. Hace mucho que está acostumbrado a esta escena y no le molesta su proximidad. Sin embargo, hay algo que yo sé. Podrán sucederle muchas cosas en la vida, pero siempre recordará la imagen que veía a diario durante su infancia desde el cuartito donde le daban la sopa. Recordará la mesa de billar y el visitante sin chaqueta que todas las noches solía mover hacia atrás su codo blanco y golpear la bola con su taco, y el humo gris azulado, y el ruido de voces, y mi manga derecha vacía y mi rostro con cicatrices y su padre detrás del bar, llenándome una jarra con cerveza de barril.

—No alcanzo a comprender qué ves aquí —dice mi amigo, volviendo a mirarme.

¡Qué veo! ¿Cómo demostrarle a mi amigo que acabo de tener una visión fugaz de los recuerdos futuros de otro?

De Detalles de un crepúsculo. *Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Sudamericana.*

Juegos

Rascacielos silábico

► Baje un rascacielos y escale hasta la azotea del otro. ¡Suerte!

1. Un conejo no muy grande o una errata de bulto.
2. Asno, borrico, mejorando lo presente.
3. Joven bóvido.
4. Dieta del porcino ibérico.
5. Va de caballería en caballería y siempre molestando.
6. En donde se fabrican las nueces.
7. Pereza, vaguería.
8. Venimos al mundo.
9. Un arma de fuego que necesitaba horquilla.
10. Ladrón de poca monta.
11. Tronco u obeso.
12. Baile gitano.
13. El más mono de todos.
14. Así se le llama en argot al toro de lidia.
15. Conejo venido de las Indias.
16. Se pasa la vida en el mar, pero suele ser muy seco con todos.
17. De un país indochinamente inestable y belicoso.
18. Poner nombre a las cosas y jamás, pero jamás, elegir.
19. Pobreza extrema.
20. Famoso a su pesar por una presa.
21. La garganta, especialmente cuando está reseca.
22. Había, poseía.
23. Preparación, aderezo.
24. Con una enfermedad cutánea, pero también envidiosa.
25. Fue alto horno y ciudad resistente al invasor.
26. Fue capital de las Españas e imperial.
27. Se colocan sobre las camas y sitiales.
28. Embrión y su alimento.
29. Piel monárquica.
30. Lo son aquellas cosas deseables.
31. Frotar o pasar algo por las narices ajenas, figuradamente.
33. Día tradicionalmente ocioso.
34. Placer, como el de terminar este rascacielos.

COMIENZO 2 34 FIN

4 3 33 32

5 6 30 31

8 7 29

10 27 28

9

12 11 26 25

14 23

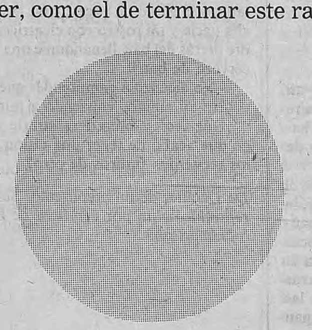
13 22 24

21

16 15 19

20

17 18



Soluciones

COMIENZO		2				FIN
1 GA	ZA	PO		34 GO	ZA	DA
4 BE		LLI		MIN		GAR
LLO	VI	NO 3		33 DO	MEN	TRE 32
5 TA	BA	NO 6		30 MO	LLA	RES 31
8 NA	VA	GAL 7		29 AR	MI	ÑO
CE		RA 10		27 DO	SE 28	LES
9 MOS	QUE	TE		LE		
12 ZO	LLI	RO 11		26 TO	GUN	SA 25
RON		MOR 14		23 A	LI	ÑO
13 GO	RI	LA		22 NI		TI 24
YA	BA 16	CO 15	NAR	TE	ÑO	GA 21
	CA		19 MI	SE	RIA 20	
	17 LAO	SIA	NO 18			